UNA

ANTIGUALLA DE SEVILLA.

ROMANCE I.

El Candil.

Mas há de quinientos años
En una torcida calle,
Que de Sevilla en el centro
Da paso á otras principales;

Cerca de la media noche,
Cuando la ciudad mas grande
Es de un grande cementerio
En silencio y paz imágen;

De dos desnudas espadas
Que trababan un combate
Turbó el repentino encuentro
Las tinieblas impalpables.

El crujir de los aceros
Sonó por breves instantes
Lamando azules centellas,
Metéoro de desastres.

Y al gemido ¡ *Dios me valga* ¡
¡ *Muerto soy* ! y al golpe grave
De un cuerpo que á tierra vino
El silencio y paz renacen.

Al punto una ventanilla
De un pobre casuco abren,
Y de tendones y huesos,
Sin jugo como sin carne,

Una mano y brazo asoman,
Que sostienen por el aire

Un candil, cuyos destellos
Dan luz súbita á la calle.

En pos un rostro aparece
De gómia ó bruja espantable,
A que otra marchita mano
O cubre ó da sombra en parte.

Ser dijérase la muerte,
Que salia á apoderarse
De aquella víctima humana,
Que acababan de inmolarle,

O de la eterna justicia,
De cuyas miradas nadie,
Consigue ocultar un crímen,
El testigo formidable.

Pues á la llama mezquina,
Con el ambiente, ondeante,
Que dando luz roja al muro,
Dibujaba desiguales.

Los tejados y azoteas
Sobre el oscuro celage,
Dando fantásticas formas
A esquinas y boca-calles;

Se vió en medio del arroyo,
Cubierto de lodo y sangre,
El negro bulto tendido
De un traspasado cadáver.

Y de pié á su frente un hombre,
Vestido negro ropage,
Con una espada en la mano,
Roja hasta los gavilanes.

El cual en el mismo punto,
Sorprendido de encontrarse
Bañado de luz, esconde
La faz en su embozo, y parte,

Aunque no como el culpado
Que se fuga por salvarse,
Sinó como el que inocente
Mueve tranquilo el pié y grave.

Al andar sus choquezuelas
Formaban ruido notable
Como el que forman los dados
Al confundirse y mezclarse.

Rumor de poca importancia
En la escena lamentable,

Mas de tan mágico efecto,
Y de un influjo tan grande

En la vieja, que asomaba
El rostro y luz á la calle;
Que cual si oyera el silbido
De venenosa ceraste,

O crujir las negras alas
Del precipitado Arcángel,
Grita en espantoso ahullido:
¡ *Virgen de los Reyes, valme !!!*

Suelta el candil, que en las piedras
Se apaga y aceite esparce,
Y cerrando la ventana
De un golpe que la deshace;

Bajo su mísero lecho
Corre á tientas á ocultarse,
Tan acongojada y yerta
Que apénas sus pulsos laten.

Por sorda y ciega haber sido
Aquellos breves instantes
La mitad diera gustosa
De sus dias miserables.

Y hubiera dado los dias
De amor y dulces afanes
De su juventud, y dado
Las caricias de sus padres,

Los encantos de la cuna,
Y... en fin hasta lo que nadie
Enagena, la esperanza,
Bien solo de los mortales;

Pues lo que ha visto la abruma,
Y la aterra lo que sabe,
Que hay vistas que son peligros
Y aciertos que muerte valen.

ROMANCE II.

El Juez.

Las cuatro esferas doradas
Que ensartadas en un perno

Obra colosal de moros
Con resaltos y letreros,

De la torre de Sevilla
Eran remate soberbio,
Do el gallardo Giraldillo
Hoy marca el mudable viento,

(Esferas que pocos años
Despues derrumbó en el suelo
Un terremoto) brillaban
Del sol matutino al fuego;

Cuando en una sala estrecha
Del antiguo alcázar régio,
Que entónces reedificaban
Tal cual hoy mismo le vemos,

En un sillon de respaldo
Sentado está el rey D. Pedro,
Jóven de gallardo talle,
Mas de semblante severo.

A reverente distancia,
Una rodilla en el suelo,
Vestido la negra toga,
Blanca barba, albo cabello.

Y con la vara de alcalde
Rendida al poder supremo,
Estaba respetuoso
Garci Sanchez Marmolejo.

Y estas palabras de entrambos
Recogió el dorado techo,
Y la tradicion guardólas
Para que hoy suenen de nuevo.

— R. ¿ Conque en medio de Sevilla
Amaneció un hombre muerto,
Y no venís á decirme
Que está ya el matador preso?

— A. Señor: desde ántes del alba
En que el cadáver sangriento
Recogí, vanas pesquisas
Inútilmente se han hecho.

— R. Mas pronta justicia, alcalde,
Ha de haber donde yo reino,
Y á sus vigilantes ojos
Nada ha de estar encubierto.

— A. Tal vez, señor, los judíos,
Tal vez los moros sospecho...

— R. ¿Y os vais tras de las sospechas
Cuando hay un testigo y bueno?

¿ No me habeis, alcalde, dicho
Que un candil se halló en el suelo
Cerca del cadáver?... Basta,
Que el candil os diga al reo.

— A. Un candil no tiene lengua.
— R. Pero tiénela su dueño,
Y á moverla se lo obliga
Con las cuerdas del tormento.

Y vive Dios que esta noche
Ha de estar en aquel puesto,
O vuestra cabeza, alcalde,
O la cabeza del reo.

El rey temblando de ira
Del sillon se alzó de presto,
Y el juez alzóse de tierra
Temblando tambien de miedo.

Y haciendo una reverencia,
Y otra despues, y otra luego,
Salióse á ahorcar á Sevilla,
Para salvarse resuelto.

Siguióle el rey con los ojos,
Que estuvieran en su puesto
De un basilisco en la frente
Segun eran de siniestros,

Y de satánica risa
Dando la espresion al gesto,
Salió detras del alcalde
A pasos largos y lentos.

Por el corredor estuvo
En las alcándaras viendo
Azores, y gerifaltes,
Y dándoles agua y cebo;

Y con uno sobre el puño
Salió á dirigir él mesmo
Las obras de aquel palacio,
En que muestra gran empeño.

Y vió poner las portadas
De cincelados maderos,
Y él mismo dictó las letras
Que aun hoy notamos en ellos.

Despues habló largo rato
A solas y con secreto

A un su privado Juan Diente,
Destrísimo ballestero.

Señalándole un retrato,
Busto de piedra mal hecho,
Que con corta semejanza
Labró un peregrino griego.

Fué á Triana, vió las naves
Y marítimos aprestos;
De santa Ana entró en la iglesia,
Y oró brevísimo tiempo.

Comió en la torre del oro,
A las tablas jugó luego
Con Martin Gil de Alburquerque,
A caballo dió un paseo:

Y cuando el sol descendia
Dejando esmaltado el cielo
De rosa morado y oro
Con nubes de grana y fuego,

Tornó al alcázar, vistióse
Sayo pardo, manto negro,
Tomó un birrete sin plumas
Y un estoque de Toledo;

Y bajando á los jardines
Por un postigo secreto,
Do Juan Diente le esperaba
Entre murtas encubierto,

Salió solo, y esto dijo
Con recato al ballestero:
« Antes de la media noche
Todo esté cual dicho tengo. »

Cerró el postigo por fuera,
Y en el laberinto ciego
De las calles de Sevilla
Desapareció entre el pueblo.

ROMANCE III.

La Cabeza.

Al tiempo que en el ocaso
Su eterna llama sepulta

El sol, y tierras y cielos
Con negras sombras se enlutan,

De la carcel de Sevilla
En una bóveda oscura,
Que una lámpara de cobre
Mas bien asombra que alumbra;

Pasaba una estraña escena
De aquellas que nos angustian,
Si en horrenda pesadilla
El sueño nos las dibuja;

Pues no asemejaba cosa
De este mundo, aunque se usan
En él cosas harto horrendas
De que he presenciado muchas.

Sino cosa del infierno
Funesta y maligna junta
De espectros y de vampiros,
Festin horrible de furias.

En un sillon sobre gradas
Se ve en negras vestiduras
Al alcalde Marmolejo,
Ceño grave, faz adusta.

A su lado en un bufete,
Que mas parece una tumba,
Prepara un viejo notario
Sus pergaminos y plumas:

Y de aquella estancia en medio
De tablas con sangre sucias
Se ve un lecho, y sus cortinas
Son cuerdas, garfios, garruchas.

En torno de él dos verdugos
De imbécil facha y robusta,
De un saco de cuero aprestan
Hierros de infaustas figuras.

Sepulcral silencio reina,
Pues solamente se escucha
El chispeo de la llama
En la lámpara que ahuma

La bóveda, y de los hierros
Que los verdugos rebuscan
El metálico sonido
Con que se apartan y juntan.

Pronto del severo alcalde
La voz sepulcral retumba

Diciendo: « Venga el testigo
Que ha de sufrir la tortura. »

Se abrió al instante una puerta
Por la que sale confusa
Algazara, ayes profundos
Y gemidos que espeluznan.

Y luego entre los sayones,
Esbirros y vil gentura,
De ademanes descompuestos
Y de feroz catadura,

Una vieja miserable
De ropa y carne desnuda,
Como un cuerpo que las hienas
Sacan de la sepultura;

Pues solo se vé que vive
Porque flacamente lucha
Con desmayados esfuerzos,
Porque gime y porque suda.

Arrástranla los sayones,
La confortan y la ayudan
Dos religiosos franciscos
Caladas sendas capuchas,

Y la algazara y estruendo
Con que satánica turba
Lleva un prescito á las llamas
Por la bóveda retumba.

Un negro bulto en silencio
Tambien entra en la confusa
Escena, y sin ser notado
Tras de un pilaron se oculta.

« Ven (grita un tosco verdugo
Con una risada aguda),
Ven á casarte conmigo;
Hecha está la cama, bruja. »

Otro asiéndole los brazos
Con una mano mas dura
Que unas tenazas, le dice:
« No volarás hoy á oscuras; »

Y otro atándole las piernas,
« ¿Y el bote con que te untas?...
Sobre tu escoba á caballo
No has de hacer mas de las tuyas. »

Estos chistes semejaban
Los ahullidos con que aguzan

La hambre los lobos, al grito
De los cuervos que barruntan

Los ya corrompidos restos
De una víctima insepulta,
La mofa con que los cafres
A su prisionero insultan.

Tienden en el triste lecho,
Ya casi casi difunta,
A la infelice, la enlazan
Con ásperas ligaduras,

Y de hierro un aparato
A su diestra mano ajustan,
Que al impulso mas pequeño
Martirio espantoso anuncia.

Dice un sayon al alcalde:
« Ya está en jaula la lechuza,
Y si aun á cantar se niega,
Yo haré que cante ó que cruja. »

Silencio el alcalde impone;
Quédase todo en profunda
Quietud, y solo gemidos
Casi apagados se escuchan.

« Muger (dijo Marmolejo),
Muger, si vivir procuras,
Declárame cuanto viste,
Y te dará Dios ayuda. »

— Nada ví, nada (responde
La infeliz); por santa Justa
Juro que estaba durmiendo :
Ni ví, ni oí, cosa alguna.

— Replicó el juez : « Desdichada,
Piensa, piensa lo que juras. »
Y tomando de las manos
Del notario que le ayuda,

Un candil : « Mira, prosigue,
Esta prenda que te acusa.
Dí quien la tiró á la calle,
Pues confesaste ser tuya. »

La mísera se estremece
Trémula toda y convulsa,
Y respondió desmayada :
« El demonio fué sin duda. »

Y tras de una breve pausa :
« Soy ciega, soy sorda y muda.

Matadme, pues lo repito :
Ni ví, ni oí cosa alguna. »

El juez entónces de mármol
Con la vara al lecho apunta :
Ase una cuerda un verdugo,
Rechina allá una garrucha,

La mano de la infelice
Se disloca y descoyunta,
Y al chasquido de los huesos
Un alarido se junta.

« — Piedad, que voy á decirlo, »
Grita, con voz moribunda
La víctima, y al momento
Suspéndese la tortura.

— Declara (el juez dice); y ella
Cobrando un vigor que asusta
Prorumpe... « el rey fué... » y su lengua
En la garganta se anuda.

Juez, escribano, verdugos,
Todos con la faz difunta,
Oyen tal nombre temblando,
Y queda la estancia muda.

En esto el desconocido,
Que tras del pilar se oculta,
Hácia el potro del tormento
El firme paso apresura,

Haciendo sus choquezuelas,
Canillas y coyunturas
El ruido que los dados
Cuando se chocan y juntan.

Rumor que al punto conoce
La infeliz, y se espeluza
Y repite : « El rey : sus huesos
Así sonaron : no hay duda. »

Al punto se desemboza
Y la faz descubre adusta
Y los ojos como brasas
Aquel personage, á cuya

Presencia hincan la rodilla
Cuantos la bóveda ocupan;
Pues al rey D. Pedro todos
Conocen y se atribulan.

Este saca de su seno
Una bolsa do relumbran

Cien monedas de oro, y dice :
« Toma y socórrete, bruja.

« Has dicho la verdad; y sabe
Que el que á la justicia oculta
La verdad, reo es de muerte,
Y cómplice de la culpa ;

« Pero pues tú la dijiste,
Vé en paz, el cielo te escuda.
Yo soy, sí, quien mató al hombre,
Y á mí Dios solo me juzga.

Mas para que satisfecha
Quede la justicia augusta,
Ya la cabeza del reo
Allí escarmientos pronuncia. »

Y era así : ya colocada
Estaba la imágen suya
En la esquina do la muerte
Dió á un hombre su espada aguda :

Del Candilejo la calle
Desde entónces se intitula,
Y el busto del rey D. Pedro
Aun allí está, y nos asusta.